

30
Una vida, UNA NOVELA

JUVENTUD
DORADA EN EL
TEATRO SUECO

—*—*—
TRIUNFO
ROTUNDO EN
HOLLYWOOD

—*—*—
ABANDONA
TODO POR UN
AMOR APASIO-
NADO Y UNICO.

—*—*—
EL RECUERDO DE
SU HIJA PIA ES
AMARGO PARA ELLA.

INGRID
BERGMAN

2
PTAS.

¡De próxima aparición!

JAMES STEWART.-Hijo de un comerciante, tuvo que luchar contra la voluntad de su padre que quería a toda costa mantenerle tras el mostrador de su establecimiento. A pesar de su gran afición a la escena, no se consideraba a sí mismo como un buen actor, siendo él el primero en sorprenderse cuando se le concedió el Oscar. Se le conocen idílios con Anita Colby, Olivia de Havilland, y Rita Hayworth. Enrolado en la aviación como simple soldado, alcanzó el grado de coronel.

Una vida, UNA NOVELA

JAMES STEWART

El típico muchacho norteamericano, ingenioso y simpático.

UN GRAN AMOR IMPOSIBLE DESDE SU JUVENTUD

Gerardo hasta los últimos

De esos el fin.



Una vida, UNA NOVELA

LA DINAMICA ESTRELLA DE LOS MIL Y UN NOVIAZGO

Un ruinoso fracaso en la Televisión

LOS HOMBRES LA ADMIRAN, PERO LES ESPANTA SU VITALIDAD



BETTY HUTTON

¡Está a la venta!

RAF VALLONE.—Abogado, filósofo, futbolista de primera, periodista, crítico teatral, y por fin actor cinematográfico. Hasta los treinta años no trabajó ante una cámara. Poco antes de venir a España para rodar «Los ojos dejan huellas» contrajo matrimonio con la bella actriz Elena Varzi. En su juventud fue un muchacho estudioso y deportivo. En la actualidad, puede considerársele como uno de los actores más cultos y completos.

Una vida, UNA NOVELA

RAF VALLONE

A LOS 30 AÑOS HACE SU PRIMERA PELÍCULA: "ARROZ AMARILLO".

DESPUÉS LLEGA EL BESO EN "FAMA OTRAS PRENDENTES".

CASADO CON LA ACTRIZ ITALIANA ELENA VARZI.



UNA VIDA, UNA NOVELA

INGRID BERGMAN

- ◆ La actriz sueca que triunfó en los Estados Unidos.
- ◆ El amor le hace abandonar Hollywood.
- ◆ Con la película "Stromboli" inicia su nueva vida artística en Italia.

Volumen n.º 30
de la Colección de Biografías
«UNA VIDA, UNA NOVELA»

VOLUMENES PUBLICADOS

- | | |
|-----------------------|----------------------|
| 1. MARLON BRANDO | 17. VAN JOHNSON |
| 2. JOHN WAYNE | 18. AVA GARDNER |
| 3. HEDY LAMARR | 19. ALAN LADD |
| 4. ERROL FLYNN | 20. SUSAN HAYWARD |
| 5. MONTGOMERY CLIFT | 21. ROBERT TAYLOR |
| 6. MARILYN MONROE | 22. RITA HAYWORTH |
| 7. GARY COOPER | 23. TYRONE POWER |
| 8. ELIZABETH TAYLOR | 24. JUDY GARLAND |
| 9. ROCK HUDSON | 25. KIRK DUOGLAS |
| 10. GINA LOLLOBRIGIDA | 26. AUDREY HEPBURN |
| 11. CLARK GABLE | 27. VITTORIO GASSMAN |
| 12. LESLIE CARON | 28. JOAN CRAWFORD |
| 13. GREGORY PECK | 29. RAF VALLONE |
| 14. GRACE KELLY | 30. INGERID BERGMAN |
| 15. FRANK SINATRA | 31. JAMES STEWART |
| 16. SILVANA MANGANO | 32. BETTY HUTTON |

¡PIDALOS EN SU KIOSCO!

De no hallar el título que le interese, solicítelo a esta Editorial
enviando el importe en sellos de Correos).

Derechos reservados. Copyright by Ediciones Cinematográficas, Spain

EDICIONES CINEMATOGRÁFICAS
RONDÀ SAN PEDRO, 56 - BARCELONA (ESPAÑA)

UN corazón ardiente empieza a palpitara una temperatura de 40 grados bajo cero. Es decir, en la estancia en que acaba de abrir los ojos a la luz la recién nacida, se ha logrado una atmósfera cálida, acogedora para la bella criatura que hace su etrada en este mundo. Pero fuera, en las calles de la ciudad, se amontona la nieve sobre la nieve; en algunos puntos, el hielo la ha cubierto y los transeúntes pueden apenas cruzar de una puerta a otra... Estamos en Estocolmo, capital de Suecia. Es el año 1921, cuando el mundo occidental, después de la primera gran catástrofe del siglo, empieza a restañar sus heridas y a recobrar el goce de vivir.

Ha nacido una niña. Su familia es más bien modesta, pero en la casa se vive holgadamente. El padre de la recién nacida, Justus Bergman, es técnico fotógrafo; sus primeros años fueron penosos, sobre todo, al casarse. Pero ahora, después de la guerra, en el momento eufórico de la paz, parece que este nuevo arte que llaman el séptimo, este cinematógrafo que empezó por un juguete y acabó de proclamarse diversión universal, va a dar un gran impulso a cuento se relaciona con la fotografía. Así Justus Bergman, no es simplemente un técnico fotográfico, un simple productor de retratos, sino un «cameraman», como dicen en los Estados Unidos, donde la cinematografía empieza a tomar gran impulso. Todo esto,

naturalmente, no tiene nada que ver con la niña que ha nacido. O, al menos, la familia lo cree así. Otra cosa diría si estuviera presente un hada madrina de las que, en tiempos de los cuentos fantásticos, predecían a las recién nacidas su porvenir.

La niña se llamará Ingrid. Y su infancia será, en la nórdica ciudad, lo mismo que la infancia de tantas y tantas niñas suecas. La escuela única, la maravillosa escuela a que concurren desde las herederas de la corona real a las hijas de los sastres, los zapateros o los porteros. Y, naturalmente, las de los fotógrafos. Una cultura a fondo, seria, profunda, sin pedantería, pero sin lagunas. La niña es bonita pero no presumida. ¿Precoz? Según en cuales aspectos, sí. Como sus padres no tienen ningún hijo varón, les agrada ver que la pequeña Ingrid se inclina hacia los juegos de los muchachos. En los días de invierno, crueles en su crudeza, no hay manera de retenerla en casa: indefectiblemente se escapa con sus patines al hombro camino de la pista de hielo de Nybroplan. Es este el lugar de sus delicias infantiles, que jamás pudo olvidar... Pero hay otra pasión que desde niña encauza sus anhelos y su naciente talento de joven actriz. El arte escénico la atrae irresistiblemente desde muy pequeña... Desde muy pequeña también, es el modelo predilecto de su padre.

—Por favor, Justus, deja ya a la niña... La estás convirtiendo en una especie de consejillo de Indias para tus experimentos fotográficos —solía decir la esposa de Bergman a su marido, cuando le veía horas enteras en aquella actividad—. ¿No ves que la pequeña se fatiga?

Pero Ingrid protestaba y Justus continuaba su tarea.

—Mírala bien, mujer. No volverá nunca a ser tan encantadora... Acaso lo sea más... Pero yo no la retrataré...

—¿Por qué no? ¡Que tontería!

—No sé... Quisiera fijar en mis placas todos los instantes de su vida infantil. Dirás que es manía... pero no puedo remediarlo.

—No te comprendo.

—Yo tampoco. Es algo más fuerte que yo... Otros la retratarán... Pero no seré yo... —repetía.

En efecto, Justus Bergman murió cuando Ingrid era muy niña. Cesaron aquellas deliciosas escenas en el cálido «living-room» de la casa de la calle de Strandvägen, que se cubrió de luto. Ingrid apenas puede recordarlo. Recuerda años de tristeza durante su primera infancia, pues la señora Bergman no pudo resistir el golpe de la muerte de su marido y no tardó en seguirle. Ingrid quedó al cuidado de su tío, un hombre culto, de posición más bien acomodada, que fomentó en la niña las aficiones ya despertadas por su padre. Aparte la asistencia a la escuela oficial a que ya hemos aludido, Ingrid fue su propia maestra durante su primer aprendizaje de la expresión e interpretación escénicas. Cada vez se apasionaba más por el teatro. No había estreno al que no asistiera acompañada de su tío, también gran amante del buen teatro que en Suecia puede admirarse casi siempre en el Teatro Real, uno de los mejores del mundo. Además de su asistencia a las representaciones, leía incansablemente encerrada en su propia habitación: leía obras dramáticas, sobre todo,

pero también novelas y dentro de las cuatro paredes de su habitación, encarnaba delante del espejo los más complejos personajes creados por la literatura. Por esa época, una adolescente todavía, creyó estar enamorada por primera vez. Sin darse ella cuenta, se fundían en aquel sentimiento el fervor de su alma juvenil por el arte, que la apasionaba, y su admiración hacia un hombre que era también un gran actor: Gosta Ekman, ídolo del público de Suecia. Para Ingrid, en aquel tiempo, no podía existir un porvenir, un mundo, que no fuera el de las tablas. ¿Cómo acercarse a su ídolo? ¿Cómo saciar sus ansias de expresión, de revelación de la propia personalidad? Un raro equilibrio en criatura tan apasionada como era Ingrid, la llevó desde su primera juventud, casi desde la infancia, a no dejarse dominar por sus impulsos: a planear y medir sus actos con vistas a una meta. Para alcanzar la gloria en el teatro, para ser actriz en Suecia era preciso, ante todo, pasar por la Escuela Dramática del Teatro Real, sin cuyo requisito no había probabilidades de poder aparecer en escena jamás. Apasionada por el arte, Ingrid no vaciló un instante. Se matricularía en la «Dramaten». No le fue difícil convencer a su tío. Tenía un carácter fuerte y una decisión extraordinaria. Cuando se proponía una cosa, no cejaba en su empeño hasta conseguirlo.

—Piénsalo bien antes de decidirte, Ingrid —fue lo único que objetó su tío el día que la joven le expuso su propósito—. No es que quiera torcer tu vocación, ni mucho menos que me oponga a ella. Pero ten en cuenta que para resistir los tres años que requiere el aprendizaje en la «Dramaten», se

precisa una verdadera vocación, un amor grande e inquebrantable por el teatro. El ambiente allí es duro, gélido, severo... Lo sé de buena tinta...

—Sí, tío, yo también lo sé. Pero no me importa. Mi amor por el teatro es mucho más fuerte que todas las incomodidades y durezas.

—Está bien. Sea como tú lo deseas. Mañana mismo iremos a hablar con los directivos. Y si pasas el examen previo, por mí no habrá dificultades.

—Gracias, tío. Lo pasaré. Estoy segura.

* * *

La célebre escuela de Arte Dramático, fundada por Gustavo III, estaba instalada en el mismo edificio que el Teatro Real de Estocolmo. Circundada de viejos y altos muros, dividida en inmensas y vacías salas, la escuela tenía un aspecto más bien lugubre. Ingrid no se desanimó, sin embargo. Con paso decidido avanzó en compañía de su tío hasta el despacho del Director, el célebre Gustav Molander.

Era un hombre de rostro sereno y grandes ojos azules. Hablaba en voz baja, tranquila, y parecía no descomponerse nunca, no irritarse por ningún motivo. Cuando la muchacha se presentó ante él, se limitó a mirarla silenciosamente, durante un largo rato. Ingrid sostuvo su mirada sin alterarse.

—Está bien, señorita Bergman. Acaban de informarme de que desea usted ingresar en la Escuela —dijo, al fin—. Supongo que conoce el reglamento: antes de aceptarla como alumna debemos someterla a un examen, una especie de prue-

ba teatral para demostrarlos su habilidad y su talento. Estas pruebas se realizan siempre en fecha fija y el tribunal está compuesto de críticos teatrales, profesores de la Escuela y actores profesionales. Nada puedo prometerle, por tanto, hasta que sepamos el resultado de ese examen. No depende de mí, sino del tribunal que ha de juzgarla. Aquí tiene el papel que deberá representar ese día... Nada más. Adiós y buena suerte.

Estrechó la mano de Ingrid y de su tío y sin darles tiempo a pronunciar ni una sola palabra, les acompañó hasta la puerta. Sólo cuando se vio al aire libre, en el centro de su querido Nybroplan, escenario de tantos juegos infantiles, se decidió Ingrid a mirar el papel que le había entregado Molander. Era el papel de «Nora» en una escena de «Casa de Muñecas», de Ibsen. ¡Nada menos que la escena de la tarantela! Por unos instantes, Ingrid vaciló.

—¡Oh, tío! Esto es mucho más de lo que yo suponía... El papel de «Nora»... Tengo que interpretar a «Nora»... Y en la escena de la «tarantela»... No podré hacerlo... Es demasiado para mí...

—¡Vamos, vamos, chiquilla! No te aturdas... Ten calma... Tú eres capaz de representar eso... y mucho más. Además, tienes tiempo suficiente para prepararte... La prueba no será hasta el mes de agosto...

Ingrid se lanzó con ardor al trabajo de preparación. Día tras día estudiaba su dicción y los gestos con que debía acompañaría. Y a medida que se acercaba la fecha del examen, sentía que una gran serenidad se adueñaba de ella. Sí, pasaría la prueba. Ahora estaba segura. El día fijado,

los otros muchachos y muchachas que como ella aguardaban su turno se maravillaron el verla tan serena.

—¡Debe ser un «monstruo»! —se oyó murmurar a uno, más nervioso y desasosegado que los otros.

Ingrid sonrió. No, no era «un monstruo». Estaba tranquila, simplemente, porque se sentía segura de sí misma. Cuando le llegó el turno de recitar su papel, lo hizo olvidándose de cuanto la rodeaba, entregándose a él en cuerpo y alma. Al finalizar al examen, el propio Molander corrió a felicitarla y contraviniendo las normas de la Escuela, que imponían unos días de espera antes de dar las calificaciones, le notificó que quedaba aceptada como alumna en la Real Escuela Dramática.

Una nueva vida empezaba para Ingrid. Una vida repleta de cuanto ella más ambicionaba. Conoció personas que estaban interesadas en las cosas que a ella le interesaban. Asistió con más frecuencia que nunca —pues la propia Escuela se encargaba de proporcionarle los pases— a todos los teatros de la ciudad, ya que una parte muy importante de su educación escénica consistía en estudiar y observar a los grandes actores y actrices. Así pudo admirar en todas sus interpretaciones al gran Gosta Ekman, que seguía siendo su ídolo más amado. La vida en la escuela, además, le resultaba de lo más agradable: en ella estudiaba declamación en lugar de aritmética, esgrima en vez de geografía. El estudio, más que trabajo, era un placer. Muy pronto se dieron cuenta los profesores del talento latente que dormía en Ingrid. Con alguna reserva al principio, pero luego

con más frecuencia cada vez, fueron confiándole pequeños papeles en las representaciones que se daban en la Real Escuela Dramática. Aquello sí era, por fin, algo nuevo, nuevo... Desde niña, había soñado Ingrid con vivir una gran aventura, la gran aventura, como solía decir... Su alma sufría una constante inquietud, una insaciable sed de paz y de satisfacción de sí misma... que no sabía donde buscarlas... Tal vez este camino, el camino del teatro, fuera el más indicado para hallarlas... Y a él se entregó con todo el ardor de su juventud.

Fue durante una de estas representaciones en la Escuela, cuando Ingrid conoció a Peter. Al caer el telón en el primer acto, la muchacha había salido corriendo hacia su camerino para cambiarse. Sin que todavía hoy pueda explicarse cómo ocurrió, Ingrid se encontró de pronto en el suelo incapaz de levantarse de nuevo. Su profesor corrió hacia ella, alarmado.

—¡Por Dios, señorita Bergman! Levántese, pronto... Tiene el tiempo justo...

—Pero si no puedo... Me es absolutamente imposible poner el pie en el suelo...

Fueron inútiles cuantos intentos hiciera para levantarse. Apenas el pie rozaba el pavimento, el dolor, un dolor agudísimo, la obligaba a caer de nuevo. Fue preciso buscar en la sala, entre el público y con toda urgencia, un doctor. Se presentó un muchacho, alto, apuesto, de cabello rubio y ojos azules. Dijo llamarse Peter Lindstrom y ser estudiante de tercer curso de Medicina.

—Entonces, ¿no es usted doctor? —preguntó Ingrid, resistiéndose a ponerse en sus manos.

—No, señorita. Pero creo que mis conocimientos médicos serán suficientes para remediar el mal que la aqueja... A ver, permítame...

Aunque no del todo tranquila, Ingrid se sometió al examen del médico en ciernes. Tuvo que reconocer que el muchacho tenía unas manos verdaderamente hábiles. Con una rapidez y limpieza extraordinarias, examinó el magullado tobillo, lo vendó y en menos que se cuenta, la dejó en perfectas condiciones de proseguir la representación.

—No sé, no sé como agradecerle... —intentó decir Ingrid, verdaderamente sorprendida.

—No tiene nada que agradecerme. En realidad, a su tobillo no le había ocurrido nada serio... Una ligera, ligerísima torcedura... que el vendaje ha reducido a la nada. Ahora, si usted me lo permite, voy a ocupar nuevamente mi butaca para seguir admirándola en el segundo acto, señorita Bergman...

—¿Cómo sabe usted mi nombre? La Escuela tiene por norma no hacerlos constar en el programa...

—Es que yo... yo... la conozco a usted, Ingrid. Nos hemos visto muchas veces en el Nybroplan, los domingos por la mañana... ¿No me recuerda?

No. Ingrid no le recordaba. Y no era extraño. La muchacha vivía entregada por entero a su mundo del arte. Cierto que algunas mañanas de los domingos iba a patinar un rato a Nybroplan... Pero nunca se fijaba en las gentes que giraban a su alrededor. Mientras se deslizaba por la lisa superficie del hielo, no pensaba en otra cosa que

en sus heroínas teatrales. «¿Cómo era aquella frase de «Magda» en el tercer acto? ¿Y el monólogo de «Ofelia»?» Todavía no había tenido oportunidad de interpretar a las grandes heroínas de Shakespeare, meta de la ambición de toda actriz... Pero algún día lo conseguiría... «Magda» era también un gran papel... No menos que el de «Norra», en «Casa de Muñecas».

—Yo no he podido olvidarla... Su aire infantil, soñador, cuando se deslizaba por el hielo, me impresionaron profundamente. El día que la descubrí, me prometí a mí mismo averiguar cómo se llamaba, dónde vivía, qué era lo que hacía en la vida...

—Lo que hago... ya lo ve usted: teatro... Es mi gran pasión... Mi única pasión...

—Sí, lo he comprendido esta noche, viéndola actuar. Cuando sale usted a escena parece transfigurarse, fundirse en el personaje que interpreta...

El segundo aviso sonó inistentemente.

—Vamos, señorita Bergman —interrumpió el profesor—. No puede usted perder más tiempo...

—Adiós, señor Lindstrom... Y muchas gracias.

—Adiós, no, Ingrid. Diga mejor, hasta el domingo en Nybroplan, ¿quieres?

La muchacha le miró a los ojos. El rostro de Peter expresaba tanta ansiedad, que Ingrid no se atrevió a defraudarle.

—De acuerdo. El domingo en Nybroplan.

Fueron muchas las mañanas de los domingos que los dos jóvenes pasaron juntos desde aquel día. Las mañanas, y pronto las tardes, y todos los momentos libres de que la muchacha podía disponer. Pues Ingrid no descuidaba por nada sus

estudios. El teatro seguía siendo para ella lo primero, lo único realmente importante en su vida. Peter tuvo el talento suficiente para comprenderlo así desde un principio y, lejos de oponerse, fomentó y alentó con su entusiasmo y su admiración, aquella pasión por el arte que parecía arrebatar a Ingrid. Sabía bien el muchacho que aquél era el camino mejor para llegar al corazón de la joven. Y, enamorado de ella perdidamente, se propuso ayudarla a alcanzar lo que tanto deseaba.

Una mañana en que, como de costumbre, debían encontrarse en el Nybroplan, Peter llegó radiante de entusiasmo y saludó a Ingrid con un sonoro beso en la mejilla.

—Querida, tengo buenas noticias para ti.

—¿De qué se trata, Peter?

—Tú sabes que te quiero, ¿verdad, Ingrid?

—Sí, Peter... Pero yo...

—No me interrumpas, querida, sé lo que vas a decirme. Pero no se trata ahora de eso. Lo que quiero decirte es que sabiendo que te quiero, sabrás también que mi mayor deseo es ayudarte y proporcionarte todo lo que pueda hacerte feliz... Pues bien: hoy he conseguido para ti un contrato de la «Svensk Film Industry»... El director ya te conoce: te ha visto actuar en la Escuela... Y me ha prometido que si tu rostro resulta fotogénico, el contrato es tuyo.

—Pero, Peter, trabajar en el cine no es... no es mi ambición, tú lo sabes... Yo quiero ser actriz de teatro...

—¡Qué tontería! Y lo serás... Pero el cine ofrece hoy más posibilidades que el teatro, no podemos negarlo... Además, en él te darás a conocer

mucho más rápidamente... No olvides a Gosta Ekman, tu gran amor... Todos sabemos que es el mejor actor de nuestro país, sin embargo, no deseña dividir su tiempo entre el cine y el teatro...

Era el mejor argumento que podía esgrimir Peter. Aquello bastó para vencer la resistencia de Ingrid. Sin interrumpir sus estudios en la Escuela de Arte Dramático, rodó su primer film, titulado «Tempestad». En él debía encarnar el tipo de la hija de un pescador, que, arrastrada por sus impulsos, daba a luz un hijo ilegítimo. ¿Anticipación, acaso, a cierta realidad de su destino?

Esta película la reveló definitivamente como actriz. Y el cine, al que tanto se resistiera en un principio, la consagró en muy poco tiempo. Abandonó los estudios en la Escuela y poco antes de partir para Alemania, ya contratada por la U. F. A., Ingrid accedió, al fin, a casarse con Peter. ¿Estaba realmente enamorada de él? La muchacha no lo sabía; sentía por el hombre que la había ayudado un gran afecto, un sincero cariño, pero comprendía que el amor debía ser una cosa muy distinta a aquel sentimiento suyo. Franca y leal como era, el día que Peter le pidió por centésima vez que se casara con él, se lo dijo abiertamente:

—Siento un profundo cariño por ti, Peter. Has sido bueno y generoso conmigo, pero creo que no estoy enamorada de ti. Y tengo miedo, miedo de que el amor verdadero o, por lo menos, lo que yo entiendo por amor, surja algún día cuando ya sea demasiado tarde...

—No importa, Ingrid, estoy dispuesto a correr el riesgo. Sé que mi amor es lo bastante fuerte

para lograr encender la chispa que aún no ha prendido en ti...

Ingrid no opuso más resistencia. Tenía diecisiete años y una sed insaciable de vivir, de volar hacia la gran aventura.

* * *

La aventura comenzó en Berlín. Después de interpretar para la U. F. A. una película que pasó sin pena ni gloria («El pacto de las cuatro»), un buen día Ingrid regresó al hotel emocionada y radiante.

—¡Oh, Peter! ¿A que no adivinas lo que me ha ocurrido hoy en los Estudios? No, no puedes adivinarlo... Es algo maravilloso... Figurate que voy a hacer una película nada menos que... nada menos que... con Gosta Ekman... ¿Qué te parece? ¡Oh, cariño! Tenías tú razón... En cine es una cosa estupenda...

Sí, fue maravilloso para Ingrid trabajar al lado de Gosta Ekman, su actor favorito, el hombre a quien desde niña admiraba. La película se titulaba «Intermezzo», y durante todo el tiempo que duró el rodaje Ingrid se sintió completamente feliz. Trabajar con Gosta fue una experiencia que jamás pudo olvidar. Como tampoco olvidaría Ingrid todo lo paciente y bondadoso que el actor había sido con ella. El día que terminaron el rodaje de la película, Gosta se acercó a ella y abrazándola cariñosamente, le dijo:

—Tiene usted un gran talento, pequeña. Pero necesita trabajar duramente. Nunca deje de tra-

bajar, nunca se canse del estudio. Si sigue mi consejo, irá lejos, estoy seguro...

Ingrid respondió al abrazo con los ojos bañados en lágrimas. Y aquel consejo fue la inspiración que guió su vida entera.

La película tuvo un éxito ruidoso en Alemania. Público y crítica aplaudieron a Ingrid como la gran revelación del momento. Y como era de suponer, muy pronto llegaron de Hollywood ofertas tentadoras. David O. Selznick, que había visto la película, le escribió proponiéndole un contrato ventajoso. En primer lugar rodaría una segunda versión de «Intermezzo», con el actor inglés Leslie Howard en el papel masculino —decía— y luego harían juntos una serie de películas que colocaría a Ingrid en el primer plano de la cinematografía mundial.

Aquello suponía un cambio absoluto en la vida de la muchacha. El traslado a los Estados Unidos implicaba romper con todo lo que hasta entonces le había sido familiar... Pero Ingrid no vaciló. No pensó siquiera en la readaptación que tendría que sufrir a una vida y a una forma de trabajo que eran para ella completamente desconocidos... No pensó que no conocía el idioma del país donde tendría que radicarse... Seguía sintiendo una enorme curiosidad por la vida y por las gentes; los nuevos horizontes que se abrían ante ella, quizás lograran calmar la inquietud de su alma... aquella inquietud constante que la hacía sentirse como enjaulada apenas llevaba unos pocos meses viviendo en un mismo lugar... Además, no estaba satisfecha de sí misma... ni de su trabajo. Quería buscar nuevas posibilidades, conocer otras personas que la ayudaran a mejorar, a superarse... El salto al Nuevo Mundo, quizás

fuerá el camino tanto tiempo buscado.

Peter estuvo de acuerdo con ella. No opuso la menor resistencia a aquel viaje.

—Quizás sea también lo mejor para mí, querida —dijo—. En los Estados Unidos podré seguir estudiando y especializándome en mi carrera.

Cuando se encontró en el barco, camino de Nueva York, Ingrid creía estar viviendo un hermoso sueño. Estaba segura de que ninguna muchacha del mundo era tan afortunada como ella. Durante una hora larga paseó sola por cubierta, pensando en el gran mundo que pronto iba a tener ante sus ojos. La travesía fue maravillosa. Ingrid y Peter solían pasar largas horas tendidos en cubierta, recostados en un sillón de lona, haciendo planes para el futuro. Jamás había sentido Ingrid tanta paz ni tanta felicidad. Cuando ante ella apareció la mole enorme de la estatua de la Libertad, un estremecimiento de asombro la invadió. Sintió tener que abandonar el barco donde había sido tan feliz y, por un momento, tuvo miedo. Miedo a lo desconocido. Instintivamente, se refugió en los brazos de Peter.

—Todo saldrá bien, pequeña —susurró Peter a su oído—. Nada puede ocurrirnos mientras nos mantengamos siempre unidos...

—Sí, Peter, tú y yo, siempre juntos...

* * *

Hollywood la recibió con cierta reserva. El día en que llegaron a la ciudad del cine, Selznick la aguardaba a la puerta de los Estudios con un gran ramo de flores de California. El «cameraman» enfocó su cámara... Y aquel mismo día empezó a poner-

se en movimiento la cadena sin fin de la publicidad de Ingrid.

Después de «Intermezzo», Ingrid hizo una temporada teatral en Nueva York, junto a Burges Meredith, en la obra «Liliom». Peter aprovechó la estancia en la ciudad de los rascacielos para especializarse como cirujano del cerebro y cuando regresaron a Hollywood, abrió allí su clínica. La vida del matrimonio parecía avanzar por un camino de paz y prosperidad. Constituían una pareja modelo y llevaban una existencia regular que contrastaba con la de las otras estrellas de Hollywood. Ingrid trabajaba de día en los Estudios y su marido en la Clínica, y dedicaban las noches al hogar y a la mutua compañía.

Cuando en 1940 nació su primer hijo, una chiquilla rubia y de ojos azules. Ingrid creyó haber encontrado, por un momento, la paz y la serenidad que tanto deseaba. La chiquilla era preciosa, gorduzuela y alegre como unas castañuelas. Como Ingrid no acabara de decidirse por el nombre que habían de ponerle a la niña, un día Peter dijo resueltamente:

—Se me acaba de ocurrir una idea, querida. ¿Por qué no le ponemos a la pequeña el nombre de Pía? Fíjate, ¿no te has dado cuenta? El nombre de nuestras iniciales: P. de Peter; I. de Ingrid. En cuanto a la A, puede significar para nosotros «Always», esto es, siempre. Peter-Ingrid-Always. ¿Qué te parece?

Ingrid sonrió y estuvo conforme. Poco tiempo después, sin embargo, volvió a sentir aquella inquietud que creía ya muerta en ella; las ansias de volar, de cambiar de horizontes volvieron a atra-

mentarla. Por casualidad había caído en sus manos la obra de Maxwell Anderson «Juana de Lorena», y se había entusiasmado con la idea de encarnar a la Doncella en el teatro, segura de que aquella debería ser su máxima creación artística. Pues el virus del teatro, que la poseyera desde niña, no se había extinguido todavía, pese a sus éxitos en las pantallas. Afioraba las tablas. La vida artificiosa de Hollywood con sus constantes recepciones, entrevistas de Prensa, fiestas y bullicio, la atormentaban. Empezó a mostrarse nuevamente huraña con la Prensa y parecía no hallar satisfacción en nada que no fuera su trabajo. Un periodista, resentido porque no había querido concederle una entrevista, declaró a sus compañeros:

—No os molestéis, chicos. Ingrid Bergman no quiere a los periodistas. Aborrece la publicidad. Es una mujer extraña, hogareña, insulta... Yo creo que la animación y las fiestas le producen alergia... Estas nórdicas son muy especiales; además, carece de una condición indispensable en una estrella cinematográfica: no tiene excentricidades...

Era cierto. Ingrid Bergman, la actriz, era una mujer perfectamente normal, cosa que en Hollywood no podía concebirse. No existían en ella, como en la mayoría de las estrellas, dos personalidades: la de la mujer y la de la actriz. Ella actuaba en la vida con la misma naturalidad con que actuaba en el teatro. Peter se mostraba inquieto con estas habladurías y con la fama que iba envolviendo a su mujer. Pero cada vez que intentaba convencerla de que debía ser un poco más amable con la Prensa, Ingrid respondía invariablemente:

—Pero, Peter, si dedico todo mi tiempo libre a hablar de mi persona, posar para los fotógrafos, charlar con la gente y firmar autógrafos, ¿no comprendes que resto energías a mi labor? Mi trabajo es lo único que importa.

Siempre comprensivo y complaciente, Peter trató de ayudarla concediéndole toda la libertad necesaria. Ingrid iba, venía, trabajaba sin descanso, pero no se sentía feliz. Filmó en aquellos años una larga lista de películas: «Tu nombre es mujer», «Las campanas de Santa María», «Casablanca», «Tuyo es mi corazón», «Bajo el signo de Capricornio», «Recuerda», «¿Por quién doblan las campanas?», «Luz de gas» (que le valió el Oscar en 1944), «La exótica» y «Arco de Triunfo»... Esta última película fue motivo de asombro y de crítica en el mundillo cinematográfico. En ella Ingrid tuvo que interpretar un papel completamente distinto a todos. Siempre había aparecido en la pantalla como una muchacha dulce, inteligente, virtuosa, y la «Jeanne Madou» de «Arco de Triunfo» era una mujer de costumbres ligeras. No gustó que Ingrid se hiciera cargo de aquel papel, ni en Suecia, donde la actriz era considerada poco menos que un ídolo nacional. Molesta por las críticas que en torno suyo se desataron, Ingrid declaró a los periodistas:

—No sé por qué las gentes se obstinan en pensar que soy una mujer pura y sin defectos. Todo ser humano lleva en sí el bien y el mal... Y yo no soy, ciertamente, diferente a los demás seres humanos...

* * *

Y fue entonces cuando surgió lo inesperado. Una tarde, en Nueva York, Ingrid asistió al estreno de una película italiana, «Roma, ciudad abierta», de la que se había hablado mucho. Al principio no había prestado demasiada atención, pero al terminar la proyección buscó, emocionada, el nombre del director que había sido capaz de lograr una cinta de tal impacto emocional y dramático. El nombre era Roberto Rossellini, un desconocido. Al regresar a casa, Ingrid no pudo contenerse y contó a Peter sus emociones de aquella tarde.

—He descubierto a un director extraordinario, Peter. Un tal Rossellini... No sé quién es ni de dónde ha salido... Pero su película me ha emocionado profundamente...

Cuando en 1949, apenas un año más tarde, se estrenó en Nueva York, «Paisa», Ingrid voló hasta allí, abandonando todos sus compromisos, para asistir al estreno. La cinta la dejó sin aliento de admiración. Muy pronto comprendió que aquél era el tipo de películas que siempre había soñado hacer. Aquel era su camino, el camino tanto tiempo esperado... Hasta altas horas de la noche estuvo paseando por la habitación, repitiéndose una y otra vez que debía hallar el medio de trabajar con Rossellini fuese como fuese. Su nerviosismo la llevó al día siguiente a consultar con Irene M. Selznick, ex exposa del productor, quien después de mucho discutir el asunto, aconsejó a Ingrid que lo mejor que podía hacer era escribirle una carta a Rossellini, exponiéndole sus deseos. Ingrid no se hizo rogar y allí mismo redactó unas líneas: «Estimado señor Rossellini: He visto sus films,

«Roma, ciudad abierta» y «Paisa» y me han gustado enormemente. Si alguna vez necesita usted una actriz sueca que domina el inglés, que ha olvidado el alemán, que apenas se hace entender en francés y que lo único que sabe decir en italiano es «t'amo», estoy pronta a ir hasta usted y trabajar a su lado. Cordiales saludos de

Ingrid Bergman.»

La carta llegó a Italia el día en que Rossellini cumplía cuarenta y cuatro años. Era el 8 de mayo de 1949. Emocionado, Rossellini que ya había visto trabajar a Ingrid en «Intermezzo», respondió con un largo cablegrama:

«Señora Bergman: Acabo de recibir su carta, que fue el regalo más preciado de mi cumpleaños. Le aseguro que hace mucho tiempo que soñaba con hacer un film con usted. Desde este momento, haré todo lo posible para que esa ilusión mía se realice lo antes posible. Le escribo una larga carta, exponiéndole mis ideas. Con toda mi admiración, acepte, por favor, mi gratitud y mis mejores deseos,

Roberto Rossellini.»

En la carta, que era muy extensa, Rossellini planteaba brevemente el tema de una película que seguiría, como todas sus producciones, la línea de la moderna escuela neorrealista italiana. Se titularía «Stromboli» y se filmaría íntegramente en la isla del mismo nombre, al pie del famoso volcán. Ingrid se interesó por el film y, sobre todo, por el personaje que ella debería encarnar y rogó a Rossellini que le enviara el guión definitivo. Pero pasaron los meses e Ingrid no recibió noticias de Italia. La muchacha estaba nerviosa, desilusionada; había soñado con aquella producción y ya no

pedía resignarse a no hacerla. Cuando al fin, y después de un cambio de misivas, acordaron encontrarse en París durante un fin de semana. Ingrid voló estusiasmada a reunirse con el director italiano. La acompañaba su marido, que era ahora su representante. La entrevista tuvo lugar en el hotel donde se hospedaba Ingrid. Rossellini llegó acompañado de sus representantes, Lopert y Solmsen. El doctor Lindstrom no estuvo presente en la entrevista, pues jamás asistía a las discusiones preliminares sobre una película, para no influenciar a su mujer. Cuando regresó al hotel, después de dos horas de ausencia, Ingrid le recibió con los ojos brillantes de entusiasmo.

—¡Oh, querido! Es maravilloso... Te ruego que aceptes el guión de «Stromboli». Es el mejor tema que me han ofrecido en mi vida. Me sentiré dichosa si puedo realizar esta película.

—De acuerdo, querida. ¿Dónde está el guión? Me gustaría echarle una mirada...

—¿El guión? Pero si no lo tengo. Rossellini me ha confesado que no tiene escrito guión, que no sabe cuanto tardará en hacer la película y que ignora cuáles serán los actores secundarios... Pero, ¿qué importa todo esto? El tema es magnífico y además esta forma tan curiosa de preparar una filmación, me fascina. Estoy cansada del sistema de Hollywood, de la forma en que se trabaja allí... Lo de ahora será algo totalmente nuevo, una experiencia que por nada del mundo dejaría de vivir.

Por nada del mundo... Así fue, en efecto. Ya que contra viento y marea, teniendo que enfrentarse con todo, Ingrid, de regreso en los Estados Unidos, intrigó, trabajó, se preocupó para conse-

uir el financiamiento de la película de Rossellini. No le fue fácil. En Hollywood todo el mundo le exigía un guión, aseguraban no tener la menor idea de quién era Rossellini, y cuando ella insistía e insistía con ardor, la miraban preocupados y comentaban:

—¿Qué le pasa a usted, Ingrid?

Ni ella misma lo sabía. Era algo más fuerte que todo. De pronto, había descubierto la verdadera razón de su vida y tenía que luchar por ella. Peter la observaba en silencio. Poco a poco iba comprendiendo que su mujer se apartaba de él, que empezaba a volar con distintas alas... Cuando al fin, después de muchas gestiones y luchas, consiguió Ingrid que Samuel Goldwyn se hiciera cargo de la producción de «Stromboli», envió un telegrama a Rossellini rogándole que se personara en los Estados Unidos. El día que el director llegaba a California, Ingrid, que se hallaba en casa escuchando la radio, oyó la voz del locutor, anuncian-
do: «Roberto Rossellini, el único y gran amor de Ingrid Bergman, ha llegado a Hollywood para visitarla». El corazón de la muchacha dio un vuelco y empezó a temblar como una hoja. ¿Cómo evitar aquellos chismes? ¿Estaba ya enamorada de Roberto? Ingrid no se detuvo a analizar sus emociones; en aquellos instantes, su único anhelo era proteger a aquel hombre de la «selva» hollywoodense.

Cuando él fue a visitarla a su casa, estaba tan terriblemente nerviosa que no encontró palabras para saludarle. Y cuando él le ofreció un cigarrillo, su mano temblaba de tal forma que le fue imposible encenderlo. Peter la observaba fijamente.

La actitud extraña de Ingrid ante la presencia de Rossellini y aquella frase de su carta que pronto se hizo pública: ...lo único que sabe decir en italiano es «t'amo», dio pie a los primeros chismes. La gente empezó a murmurar y el ambiente, al principio cordial con que se recibiera a Rossellini se enfrió pronto, en parte debido a la actitud poco diplomática del director italiano. A mediados de febrero, el mal ambiente creado en torno suyo, culminó con la declaración de Goldwyn de que no le interesaba financiar la producción de «Stromboli». Rossellini, que no había llevado dinero, se encontró en bancarrota. Ingrid se apresuró a invitarle a vivir en su casa, mientras Roberto preparaba el regreso. La muchacha sentía ahora más que nunca la necesidad de protegerle, de hacerle olvidar con sus atenciones los malos momentos de aquel viaje a Estados Unidos, sugerido por ella. Empezaron a salir juntos, a ir al teatro, a los restaurantes y cada vez la atracción que los había acercado, iba haciéndose más y más firme. La austera Ingrid, la muchacha recta y honesta, parecía renacer a una nueva vida. Peter observaba y callaba. Por último, la R.K.O. aceptó financiar la película y Rossellini firmó un contrato por el cual se comprometía a iniciar la filmación en Italia, el día 1 de abril de 1949. Antes de partir de Hollywood, Roberto envió un gran ramo de rosas a Ingrid y una preciosa muñeca a su hijita Pia. Al recibir los obsequios, Ingrid no pudo contener las lágrimas y comprendió que un nuevo lazo de ternura se había estrechado entre ellos.

Rossellini abandonó los Estados Unidos en febrero de 1949. Por aquel entonces, ya se murmu-

raba abiertamente que Ingrid y él estaban locamente enamorados. Diarios y revistas comentaban el idilio Bergman-Rossellini con grandes titulares.

Deseando llegar a Roma de incógnito, Ingrid adelantó un día su viaje. Pero la noticia se supo igualmente y el 20 de mayo, al aterrizar en el aeropuerto de Ciampino, poderosos reflectores iluminaron el avión y una muchedumbre inmensa se agolpó para presenciar la llegada de la estrella y su encuentro con Rossellini. Ingrid fue la última en bajar del avión. Cuando al fin se decidió, temblaba de emociones encontradas. Roberto se acercó a ella y la besó suavemente en la mejilla. Luego, mirándola a los ojos, susurró:

—«T'amo...»

Era la primera palabra de amor que salía de sus labios. Como la filmación de «Stromboli» no debía comenzar hasta el 1 de abril, Roberto propuso a Ingrid que le acompañara en una rápida jira por Italia, para que la estrella se hiciera cargo de la idiosincrasia del país y de sus gentes. Fueron aquellos unos días de dicha absoluta para Ingrid. Ya no ocultaba su amor ni su admiración por aquel hombre de vida azarosa, temperamental y salvaje. Roberto, por su parte, se mostraba rendido ante los encantos de la joven sueca. Juntos visitaron varios lugares de Italia, buscando la soledad que rara vez encontraban, ya que los periodistas, los fotógrafos y el público, los perseguían por dondequiera que fueran. El mundo entero estaba pendiente de su apasionado idilio. Los periódicos re-

producían cada una de sus frases, cada una de sus actitudes. Esto era lo único que nublaba la dicha de Ingrid, tan reacia siempre a la publicidad.

Poco antes de embarcar para Stromboli, en el Mediterráneo, Roberto aconsejó a Ingrid:

—«Creo que deberías escribirle a tu marido, «mia cara». No podemos seguir callando nuestro amor. El doctor Lindstrom tendrá que concederte el divorcio, quiéralo o no.

—Si, Roberto, creo que le debo a Peter una satisfacción.

Pero no fue posible evitar el escándalo. Un periódico norteamericano se adelantó a dar la noticia del divorcio de Ingrid, sin que ella pudiera comprender cómo llegó a enterarse de su secreto. Peter contestó a la carta de su mujer, tomando el primer barco que salía para Italia. Fueron unos días angustiosos. Ingrid, Peter y Roberto discutieron su situación hasta la saciedad. Peter no podía convencirse de que su mujer deseara realmente separarse de él después de quince años de matrimonio. Las discusiones no les llevaron a ningún resultado práctico y al cabo de dos semanas agotadoras, Peter decidió regresar a América sin haber accedido a la petición de su esposa. Ingrid permaneció en Stromboli junto a Roberto, hasta finalizar la filmación. Después se trasladaron juntos a Roma y alquilaron un departamento donde la muchacha se encerró para aguardar el hijo que llevaba en su seno.

Era esta una prueba más que la desdichada Ingrid tenía que afrontar. Sólo el gran amor que le inspiraba Roberto la consolaba y la ayudaba a soportar las críticas del mundo entero. Una y otra

vez escribió a Peter, rogándole que le concediera la libertad, para poder casarse con Roberto antes del nacimiento del niño. Pero Peter, dolorido, se obstinaba en no responder a las súplicas de su mujer. Ingrid lloró durante aquellos meses como jamás lo había hecho. Eran lágrimas de alegría y de temor a la vez. De alegría, por la felicidad que suponía para ella el haber engendrado un hijo del hombre a quien amaba por sobre todas las cosas; de temor, por todo lo que la esperaba a ella y al niño si éste llegaba antes de haber legitimado sus relaciones con Rosellini.

El 2 de febrero de 1950, en villa Margarita, la clínica más moderna y lujosa de Roma, hacía su entrada en el mundo un hermoso «bambino», cuya llegada fue rimbombantemente bautizada por los periodistas con el nombre de «el nacimiento del siglo». Era un chiquillo robusto, de grandes ojos azules y pelo tan rubio como el oro.

Mientras los amigos más íntimos se cuidaban de alejar a los curiosos y a los periodistas, Roberto intentó inútilmente ponerse en contacto con Peter Lindstrom, en Los Angeles, para tratar de aclarar en lo posible y de común acuerdo la complicada situación jurídica del recién nacido. Ingrid era todavía la esposa no divorciada de Peter; por lo tanto, el niño sólo podía ser inscrito como hijo de éste. Pero Roberto reclamaba para sí la paternidad del niño y estaba dispuesto a luchar por ella. Las cosas se complicaron más aún al sacar a luz, un malintencionado, la entrevista que sostuviera Ingrid con su marido en Sicilia, exactamente nueve meses antes de la llegada del pequeño. Por esta circunstancia, la ley podía considerar al niño

como hijo de Peter y de Ingrid... Para evitar sobresaltos y complicaciones, Roberto decidió aguardar los diez días que admite la ley italiana para que se declare a los recién nacidos y luego lo inscribió, sencillamente, como hijo de Roberto Rosellini y de madre desconocida. ¡Dura prueba para Ingrid!

Ante los hechos consumados, Peter accedió, al fin, a no poner más inconvenientes al divorcio. Pero como quiera que debían transcurrir varios meses antes de que todo estuviera en regla, Ingrid y Roberto, deseando desesperadamente legalizar su situación, se casaron por poderes en Ciudad Juárez, Méjico, el 24 de mayo de 1950.

—Es un extraño matrimonio el nuestro, amor mio —no pudo menos de decir Ingrid.

—Sí, querida. Pero si hubiésemos aguardado a que todos los papeles, ya legalizados, estuvieran en nuestro poder, no habríamos podido casarnos hasta varios meses más tarde. Y es mucho mejor así, ¿no crees?, por Robertino y por nosotros mismos.

* * *

Normalizada ya su situación, Ingrid confiaba en poder vivir tranquila y feliz al lado de su marido y de su hijito. Pero una sombra perenne empañaba su felicidad. Después del divorcio y según la disposición legal, que concedió la custodia de la niña a su padre, Ingrid tenía derecho a pasar algunos meses del año con su hija. El doctor Lindstrom no podía oponerse a esta disposición, pero insistió en que se realizara dentro de los Estados Unidos,

afirmando que no permitiría jamás que Pía abandonara su patria. La separación de Pía había sido el dolor más grande experimentado por Ingrid en todo aquel asunto. Ansiaba ahora tener a la niña consigo, junto a Robertino y pasar unas semanas de dicha completa con sus dos hijos. Desesperada, Ingrid entabó un proceso contra el doctor Lindstrom, acusándole de no permitir que su hija pasara con ella, en Italia, unas semanas antes de regresar al Colegio. Estaba dispuesta a hacer valer sus derechos, aunque fuese por la fuerza. Pero no contaba con la voluntad ni con los sentimientos de la niña. Cuando ante el Tribunal de Los Angeles, donde se celebraba el proceso, se le preguntó a Pía: «¿No sientes ningún deseo de ver a tu mamá?», la niña respondió friamente:

—No. Me gusta mi mamá, pero no la quiero.

El destino se complacía en herir, una y otra vez, a la desdichada Ingrid, la mujer que, por una pasión avasalladora, había desafiado todos los convencionalismos.

La vida con Roberto trancurre ahora tranquila y apacible. Robertino se ha convertido en un robusto chiquillo de dos años, alegre y cariñoso. Ingrid es ya, por temperamento y afición, una latina más; se ha adaptado totalmente a la vida italiana. Aguardaba otro hijo y repartía su tiempo entre el cuidado de su hogar y el trabajo. Bajo la dirección de su marido, acababa de rodar su último film «Europa 1951».

El 18 de junio de 1952, Ingrid dio a luz dos

gemelas: Isabella e Ingrid. El nacimiento de las niñas le hizo olvidar, por algún tiempo, el problema que seguía atándola a los Estados Unidos. En Italia había encontrado, al fin, la felicidad y la paz. Con Roberto tenía el mundo que siempre deseaba conocer y el trabajo que quería realizar. Ingrid admiraba ahora a su marido mucho más que antes de casarse con él y además le adoraba. Roberto, por su parte, había encontrado en la mujer que lo sacrificó todo por su amor, el ancla que necesitaba. Es indudable que ambos han encontrado la estabilidad que todo ser humano desea, que se complementan y que aquella sensación de sentirse mutuamente útiles, les hace inmensamente felices.

Mas, a pesar de la serenidad de su nuevo matrimonio, Ingrid no podrá ser jamás absolutamente feliz. Siempre llevará en su pecho clavada la frase lapidaria de Pía: «Me gusta mi mamá, pero no la quiero».

Así es

INGRID BERGMAN

Es bien sabido que los guiones de las películas son tan modificados y recomuestos por los técnicos y directores, que luego se le hace difícil al propio autor reconocer su obra. Ingrid Bergman afirma haber oido el siguiente diálogo entre un director y un joven guionista:

—Hay que suprimir esta frase —insistía el director—. Dentro del carácter general de la obra no tiene sentido.

—¡Bueno! —se resignó el guionista—. ¡Qué le vamos a hacer! Es la única frase que queda del guión original y quería conservarla por sentimentalismo.

Después de una temporada de intenso trabajo, Ingrid se sintió completamente abatida, sin ánimos para hacer nada. Visitó a un famoso doctor y le dijo:

—Cree que lo que necesito es algo que me incite a pelear, a sentir el espíritu de lucha. ¿Ha puesto algo así en la receta?

—No, en la receta no; pero lo encontrará en la cuenta.



in a la venta!

VITTORIO GASSMAN.—Shelley Winters le calificó de «calculador y egoísta», afirmando que se había casado con ella sólo por interés, ya que a su lado le sería fácil conseguir un ventajoso puesto en Hollywood. La biografía de Gassman es la apasionante historia de dos amores que no consiguieron hallar un recinto de paz.



Una vida, UNA NOVELA
VITTORIO GASSMAN

UN HOMBRE DOTADO
PARA EL ARTE
ESCÉNICO
"ARROZ AMARILLO"
Y ANA LE DIERON
A CONOCER
SE CASÓ CONMIGO
POR INTERÉS
-DUO SHILLER
WINTERS



JOAN CRAWFORD.—Lucha contra la miseria y la adversidad en su juventud, fregando platos y sirviendo mesas. Cuando consigue alcanzar un primer puesto en el cine, se ve amenazada por el escándalo de un pasado en los escenarios de «burlesque». Douglas Fairbanks, Franchot Tone, y Philip Terry, representan para ella tres matrimonios sin éxito.

KIRK DOUGLAS.—Un hombre duro que ha tenido que abrirse paso a puñetazos. Trabajando como camarero y boxeador pagó sus estudios en la universidad y en la escuela de arte dramático. Diana Dill, la compañera de juventud con la que contrajo matrimonio, no consiguió hacerle feliz. Kirk es el prototipo de hombre tenaz y luchador incansable.



Una vida, UNA NOVELA

UN HOMBRE DURÓ QUE
SEABRIÓ CAMINO
CON LOS PUNOS
Prototipo del
luchador tenaz,
ha triunfado
por completo
SÓLO EN AMOR
HA FRACASADO.
POR AHORA.

**KIRK
DOUGLAS**

TITULOS EN PRENSA

JOSEPH COTTEN



Hijo de un oficial de correos, sintió muy pronto el ansia de ser actor. El camino era difícil y lleno de obstáculos, por lo que, aun en contra de su voluntad, tuvo que convertirse en fracasado comerciante y en agente de publicidad. Poco a poco, fue introduciéndose en el mundo de la escena, escalando incansablemente el encumbrado lugar que ahora ocupa. Es un hombre feliz al lado de Leonore Kip, su primera y única esposa.

LORETTA YOUNG

Esta encantadora estrella que vemos todavía en papeles de muchacha, es nada menos que «la actriz veterana más joven» de Hollywood. A pesar de que continúa siendo una chica encantadora, comenzó a trabajar para la pantalla en los ya lejanos tiempos del cine mudo. Su vida es una larga experiencia cinematográfica, con un divorcio en su juventud y un segundo matrimonio que será probablemente el definitivo.



GLENN FORD



El gran actor que se reveló en la película «Gilda». Como consecuencia de su magnífica labor en este papel, obtuvo un contrato para interpretar exclusivamente «tipos duros». Despues de su matrimonio con la actriz Eleonor Powell, ella ha abandonado su trabajo ante las cámaras y su personalidad artística para convertirse, simplemente, en la señora Ford.

LANA TURNER



La estrella eternamente enamorada, tuvo una infancia pobre y difícil, agravada por la tragedia del asesinato de su padre. Su original e inesperado descubrimiento para el cine y el escándalo originado por su «swetter», le dian fama y riqueza, pero ella ha buscado siempre la felicidad a través del amor, casándose cinco veces —dos de ellas con el mismo hombre—, y pasando por breves idilios con astros tan relevantes como Tyrone Power y Fernando Lamas.